

EL PROFESOR JOSE VALLEJO (1896-1959)

Con la súbita e inesperada desaparición del profesor Vallejo, no sólo la Universidad, en cuyo servicio fué siempre generoso, está de luto. Y sus amigos, en quienes se reunía la triple e infrecuente condición de ser muchos, entrañables y diversos. Sino que se nos ha marchado de pronto de este mundo un varón ilustre sin cuya labor no se entenderá nunca bien la historia, en nuestra patria, de esa parcela principal de la cultura, que son las letras clásicas.

Vallejo, en primer lugar, las enseñó: por breve espacio, en algunos Institutos de provincias; después, en el Instituto-Escuela de Madrid, en la Facultad de Sevilla y, durante los cuatro últimos lustros, en la Universidad de Madrid. Son docenas y docenas los profesores españoles de Latín que de él han aprendido. Es una herencia que reconocen todos los que pasaron por su aula. Y si alguna vez no fuera así, una huella sutil e inconfundible en su estilo de trabajo haría al maestro la justicia de denunciar al discípulo inconfeso. Todos los alumnos de Vallejo recordarán, ahora con emoción particular, la vida que, cuando él los traducía, cobraban los pasajes de Tito Livio o Tácito; y el agudo sentido crítico con que el maestro aportaba luces nuevas en un debatido problema de sintaxis. Yo creo que los discípulos de Vallejo debemos al maestro las coordenadas principales de nuestro modo de enfrentar los textos, y una actitud rigurosa y analítica ante las cuestiones de la lengua. O sea, nada menos que el método filológico y el espíritu científico: las dos principales pretensiones de una Facultad de Letras.

Vallejo era, ante todo, un verdadero hombre de ciencia. La gracia amable y chispeante de su trato, la cordialidad humanista y sevillana, la sencillez con que repelía, inevitablemente, cualquier pedantería se aunaban perfectamente en su

persona con la seriedad, el rigor y la conciencia de las limitaciones propias que delimitan el perfil del sabio. En una disciplina, como la Filología Latina, donde la concurrencia es de escala universal y que cuenta con una tradición de siglos, su voz era escuchada atentamente en muchas lenguas cuando, desde las páginas de "Emerita" o desde alguno de los pocos libros que publicó en su vida, hablaba de sintaxis, de sus autores predilectos o de las lenguas peninsulares prerromanas.

Al profesor Vallejo le deben, además, los estudiosos españoles y el prestigio de la cultura nacional el que se haya mantenido durante casi veinte años un órgano científico, como el boletín "Emerita", en unas disciplinas que apenas si tenían tradición en nuestra patria. A él debemos también, de modo principal, la formación de una biblioteca, donde, por primera vez en España, se puede trabajar científicamente en Filología clásica y Lingüística.

Pero todos estos altos méritos se hallaban arropados por un espíritu especialmente dotado para la mejor amistad. Vallejo era irónico y no hería, era espontáneo y sereno, sabía escuchar a un joven aprendiz igual que escucharía a un maestro. Era, en una palabra, un hombre auténtico. Siempre huyó del ruido público y de los honores o palmas académicas que otros ambicionan. Mantuvo siempre esa inestimable y andaluza distancia de las cosas—medio sabia, medio irónica—que, cuando se presenta unida a un gran corazón, gana el afecto de quienes se rozan en la vida con el afortunado poseedor de tales cualidades. Los centenares de amigos, compañeros y discípulos que ayer le decían adiós en la Almudena, y rezaban por su alma son la prueba más cumplida de lo que en estas líneas queda dicho.—Antonio FONTAN.